

Experiencia crónica

Abordaje, proceso y metodología del TIF

Agustina Gómez

Quienes realizamos carreras de Licenciatura sabemos desde nuestros primeros pasos por la Universidad que para graduarnos debemos hacer una tesis, tesina o Trabajo integrador final (TIF). En un principio, se trata de una instancia lejana en el tiempo, compleja y que observamos hasta con pavor. Al comienzo de la carrera, lo veía como un monstruo enorme y difícil de abordar. Sin embargo, los años fueron pasando, fui avanzando, adquiriendo conocimientos, mejorando en mi desempeño y, finalmente, llegó el tan temido Trabajo integrador final.

En el primer año de mi carrera, había considerado trabajar como tema de TIF la ley de salud mental, problemática a la que le dediqué mis primeros escritos, intentos de crónicas y notas poco prolifas. A pesar de que mis herramientas comunicacionales en ese entonces eran escasas, me sentía orgullosa del compromiso que había asumido al momento de escribirlas, ya que había realizado un intenso trabajo de campo y me había sumergido en una realidad completamente diferente a la mía, visitando hospitales psiquiátricos y dialogando con pacientes y profesionales. Poner el cuerpo e involucrase, como tanto lo aconsejaban lxs docentes -tal vez fue una de las mejores enseñanzas que me ha dejado esta facultad para ejercer la profesión-.

El paso del tiempo hizo que ese tema fuera desvaneciéndose en mi mente. Fui conociendo nuevos mundos, problemáticas, perspectivas y mis intereses fueron cambiando. Pero el 2015 fue un año disruptivo para la sociedad argentina y, particularmente, para mí. El movimiento *Ni Una Menos* expuso en la agenda social, política y mediática las principales desigualdades que vivimos las mujeres por culpa de la violencia machista. Una marcha que marcó un antes y un después. Personalmente, me removió vivencias dolorosas, modificó mis paradigmas y me resultó tan trascendente que -desde ese momento- todo mi trabajo académico sería realizado bajo los lentes violetas a través de los cuales comencé a ver el mundo. Considero que jamás podré desempeñarme en esta profesión alejada de las problemáticas que me comprometen, porque creo que es la forma más honesta de ejercer la comunicación como un arma de transformación. En este contexto, no había dudas que mi tema de TIF estaría atravesado por una perspectiva de género. Luego, llegó el recorte definitivo de esa gran mirada que fue elegir hablar de maternidades.

De la mano de esta premisa, había otras selecciones como el tipo de TIF y el lenguaje: una tesis de producción realizada en grupo, gráfica y, principalmente, una crónica narrativa. Pero, ¿por qué este género periodístico? Porque la crónica es una forma de denuncia y elegirla también constituye una perspectiva política, una mirada colectiva y desde abajo. En términos de Martín Caparrós (2007), la crónica es política y afirma:

El cronista mira, piensa, conecta para encontrar -en lo común- lo que merece ser contado. Y trata de descubrir a su vez en ese hecho lo común: lo que puede sintetizar el mundo. La pequeña historia que puede contar tantas. La gota que es el prisma de otras tantas (p. 10).

Asimismo, el autor sostiene que “la crónica es una forma de pararse frente a la información y su política del mundo: una manera de decir al mundo también puede ser otro” (p. 11). Por mi parte, creo que se trata de la forma más efectiva de dar voz a lxs invisibles del mundo. Y ese era mi compromiso. En este sentido, la antropóloga Rossana Reguillo (2007) adhiere a la idea de que la crónica urbana “se filtra en la página periodística para contar la diferencia, para abrir otras posibilidades de comunicación entre dialectos y rituales que configuran el tejido múltiple de lo social” (p. 48). Además, afirma que “la crónica no es un género inocente, una escritura ‘neutra’, en tanto aspira a representar lo no representado y lo no representable en el concierto de los múltiples relatos para contar el mundo” (p. 49). Teniendo en cuenta estos aspectos, la crónica narrativa nos permite poner en la mesa la discusión de cuestiones abandonadas por las grandes agendas mediáticas, reconfigurar sentidos y representaciones de los sectores más vulnerables de la sociedad.

A través del periodismo narrativo podemos construir puentes entre mundos muy disímiles, transportar a unos a las realidades complejas de otrxs. Podemos lograr interpelar a lxs lectorxs, sacarlx de la frialdad de las cifras y ponerle rostro a los problemas que habitan este mundo. Esto de jugar con las herramientas de la literatura nos permite atraer a lxs lectorxs e incluso entretenerlx, pero sin abandonar la responsabilidad de incomodar, transformar e informar. Lxs escritorxs estamos para molestar en el mundo. En esta línea, Graciela Falbo (2007) sostiene que “interpretar la voz de ‘lo otro’ en la cercanía de lo cotidiano significa también aceptar el desafío de la escritura –es decir, del trabajo con la heterogeneidad formal– como acto de resistencia” (p. 15).

Desde un aspecto más creativo, definitivamente la crónica narrativa nos permite abordar distintas temáticas desde múltiples formas de escritura. Están aquellas crónicas donde el narrador o narradora es un personaje más, otras donde se retira para priorizar las voces de lxs protagonistas, las que van de atrás hacia delante, las más lentas, las que comienzan con escenas impactantes, las que prima el diálogo o las que se detienen en largas descripciones.

Personalmente, considero que las elecciones creativas son subjetivas, pero esa elección jamás es inocente. En nuestro caso, el propósito era lograr crónicas, donde las historias están narradas de la forma más literaria posible, con el fin de atraer a lxs lectorxs y transmitirles la importancia de hablar y reflexionar sobre el tema en cuestión. Por lo tanto, elegimos jugar con las escenas, desarrollarlas al máximo, para que lxs lectorxs se vean como parte de esa historia que le es ajena, pero con la cual quisieran intervenir con un abrazo, con un grito o con una palabra de consuelo.

En este sentido, quería compartir un fragmento de *Incómodas. Crónicas de maternidades disruptivas* (2022), nombre que luego llevaría nuestro TIF, para dar un ejemplo de lo

mencionado anteriormente:

Escucho la emoción de la voz de Susana del otro lado del teléfono. Pero no es una emoción agradable. Es una emoción desgarrada, llena de dolor que me incomoda. Entre nosotras dos no hay más que silencio. Intento imaginarla. Supongo que está sentada en la mesa de su comedor, secándose las lágrimas. Si estuviéramos juntas probablemente le estaría tomando la mano. Puedo entenderla. Es una mujer que cargó con la responsabilidad de cuidar a seis hijos y tener un trabajo que lograra sostener a su familia. Vivía en una constante disputa: intentar cumplir el mandato de ser buena madre (Costa y Gómez, p. 59).

Por esta razón, incluso en la introducción del TIF, donde somos explícitas sobre nuestro posicionamiento respecto a las maternidades, comenzamos con una escena, una pequeña historia que podría ser la de cualquiera que lo lea, pero a la vez produce el extrañamiento que muchas veces causa la ficción. Nos enfocamos en los diálogos que mantuvimos con las entrevistadas, respetando fielmente los momentos vividos, desde sus lágrimas hasta sus silencios. En la crónica *Inoportunas*, en dónde Gavina cuenta su historia siendo madre en su adolescencia, buscamos mantener lo más al pie de la letra posible lo transcurrido durante la entrevista:

Elizabeth tenía siete años. Tatiana seis. Desde la habitación las niñas escuchaban la discusión. Sus padres estaban en el comedor. El mismo comedor donde ahora me cuenta esta historia. José Luis gritaba con rabia como acostumbraba. Gavina le contestaba y lloraba. La intensidad de sus voces era cada vez mayor. Se podían escuchar desde la calle. La tensión entre ellos atravesaba las paredes. Cada grito de él era un paso más cerca de ella. La agarró con fuerza y determinación del cuello. La empujó contra la pared. Llorando, suplicaba que la suelte. De reojo vio que a su lado estaba el triciclo de metal de su hija menor. No dudo en agarrarlo ni bien él la soltó y se lo arrojó en la espalda.

-Nunca más me toques porque te juro que te mato -le gritó intentando recuperar el aire.

En la servilleta de papel que sostiene su mano hay humedad, hay lágrimas, hay mocos, hay una historia. Durante unos minutos no puede continuar hablando. Me contengo las ganas de levantarme de la silla y abrazarla pero le doy su momento. El sonido del llanto me recuerda a cuando alguien se entera de la muerte de un ser querido. Tal vez para ella es un duelo. El papel ya no alcanza. Ahora se seca las lágrimas con sus manos.

-No sé por qué me afecta tanto hablar de él -dice intentando recomponerse. (Costa y Gómez, 2022, p.189)

También buscamos tomar de la mano a lxs lectorxs y conducirlos lentamente, a través de cada historia, a un final contundente, donde no quedarán dudas de nuestra perspectiva. La

encargada de ello es nuestra voz narrativa -un personaje ficticio, generado a dos voces, que va creciendo y se va involucrando con cada historia-: primero de forma inocente y, finalmente, comprometida. Además, apuntábamos a un doble juego: crónicas que podrían vivir individualmente, pero que se potencian en la lectura colectiva, lo mismo que sucede con las maternidades, solas son poderosas, pero colectivas son imparables.

Podría decirse que son perfiles colectivos, historias donde rige la individualidad, pero que dialogan con otras historias distintas que sin embargo se tocan en cierto punto. Me parece importante destacar que la crónica nos brinda un abanico infinito de posibilidades creativas. Muchas veces la historia que estemos contando requiere de una musicalidad, de recrear con las palabras ciertos aromas, de transmitir sensaciones físicas y emociones. Todas estas herramientas literarias coexisten con los datos duros, indispensables, que provienen de otras disciplinas como la sociología, el derecho, la economía y la psicología, entre otras.

Muchas veces este tipo de elecciones se llevan a cabo en distintas instancias, como en el proceso de entrevistas, de escritura o antes de todo esto: durante la elaboración del Plan de TIF. Al respecto, pienso que el diseño adecuado y comprometido de un Plan de TIF siempre -pero siempre- nos conducirá a buen puerto. Invariablemente habrá dificultades, piedras en el camino que no analizamos en la antesala de la ejecución del trabajo, pero sin lugar *el plan de trabajo es la columna vertebral*. Esto se debe a que, más allá de nuestro deseo de hacer una investigación o producción comunicacional, el objetivo final es obtener nuestro título de grado. Por ello, es preciso no perder el foco. El plan es una de las herramientas más importantes con las que cuentan lxs juradxs al momento de evaluarnos. Por lo tanto, volveremos todo el tiempo a este recurso que elaboramos para nosotros mismos. Será nuestra guía en un camino que puede ser muy sinuoso y complejo. Por esta razón, es indispensable elaborar un Plan de TIF adecuado, con un tema definido, con el cual debemos estar completamente comprometidxs.

La elección del tema es un proceso engorroso. Lxs estudiantxs solemos ser pretenciosxs y aspiramos a tomar temas enormes, sin recortes y, en muchas ocasiones, cuestiones ajenas a nuestra cotidianidad. Eso hace que nos perdamos en la abundancia de información, de subtemas, de perspectivas y que terminemos abordando mucho, de forma acotada y sin profundidad. No necesariamente hay que ser un militante del tema o una perspectiva, pero probablemente esto nos hará todo el proceso más sencillo. A veces no es necesario mirar muy lejos para encontrar sobre qué hablar, probablemente con observar el barrio o nuestro círculo íntimo, brotarán decenas de problemáticas que jamás han sido tratadas -porque nadie las ve y tal vez habría que mirarlas-.

Nuestro plan debería contener preguntas disruptivas, es decir, aquellas que desnaturalicen el tema abordado, que brinden una mirada fresca sobre la temática y que, tal vez, no podamos responder en lo inmediato, pero sí nos permitan abrir nuevos interrogantes. Cuando pensemos en las características del proyecto también debemos ser conscientes de nuestras limitaciones, desde económicas hasta geográficas. Uno de los puntos vitales del plan son los objetivos que planteamos y, cada vez que nos sintamos perdidxs, podemos retomarlos para encaminarnos.

En nuestro caso, la escritura del Plan de TIF, un documento de tan solo cinco hojas, nos

demoró seis meses. Meses de trabajo intenso, de pensar, recortar, pegar y de darle miles de vueltas. En el camino tuvimos diversas dificultades, como elegir un tema gigante, tener que hacer cientos de recortes, definir un objetivo general e indagar en el escaso estado del arte que circulaba sobre la temática. Tras hacer y deshacerlo en varias ocasiones, considero que todo el tiempo invertido valió la pena, porque nunca nos quitamos el plan de la mente al momento de ejecutarlo. Su desarrollo no es sencillo, pero es indispensable dedicarle tiempo y hacerlo a conciencia. Hasta me atrevería a decir que es la mitad del recorrido. Cuando definimos qué queremos, será simple el proceso, porque la cancha ya está marcada para iniciar el juego.

Una vez aprobado el plan, era momento de salir a la calle y -otra vez- sentíamos la sensación de estar en cero. No disponíamos de contactos, ni nada similar. Aunque tampoco los necesitamos. Buscábamos historias comunes, que sabíamos que abundaban en el mundo, pero que no teníamos al alcance de la mano. Google fue nuestro primer aliado. Investigamos el tema, buscamos notas, asociaciones, entrevistas, leyes, todo lo que sirviese. Así fueron apareciendo algunas de las protagonistas.

Luego, era tiempo de ir a hablar con ellas y crear la materia prima de nuestras crónicas: *las entrevistas*. Cuando fuimos a hablar con Marian, una mujer trans que vive en la localidad bonaerense de Tortuguitas, fuimos con una libreta con algunas preguntas y con tiempo, sobre todo, con mucho tiempo. En ese encuentro entendimos que los listados de preguntas no eran tan útiles para nuestro trabajo, entonces sólo apelamos a un índice de cuestiones que sí o sí queríamos tocar y que, a pesar de abordar diferentes subtemas, muchas veces se cruzaban. No es tan simple que una persona cuente su historia a dos desconocidas. Sin embargo, lxs comunicadorxs tenemos el superpoder del atrevimiento y la curiosidad, y aplicamos las técnicas necesarias para que esx otrx se sienta en confianza con nosotrxs. Por lo tanto, preferimos decir que eran charlas, no entrevistas, para que la persona se sienta cómoda para abrirse y narrar detalles que tal vez no recordaba desde hacía años, que contara sus dolores o alegrías más profundas. Necesitábamos crear un ambiente de confianza total. A pesar de ello, no perdíamos el foco en que estábamos en una entrevista, porque había datos que no podíamos perder y otros en los que queríamos profundizar. Hacerlo de a dos nos permitió eso, porque mientras una se volcaba a una especie de charla informal, la otra apuntaba los objetivos que nos habíamos planteado antes de hablar con cada una de las mujeres. Cuando se trata de temas tan complejos, me parece que esta estrategia es indispensable.

En este sentido, Juan José Hoyos (2007) define a esto como *método salvaje*, cuando afirma que el periodismo “es una disciplina en la cual hay un punto de encuentro entre varios métodos, algunos de ellos científicos” (p. 188). Por ello, cada crónica, cada historia, demanda de un método particular. Es nuestro trabajo saber cuál es el indicado.

También apelamos a técnicas de la investigación propias de la antropología como la *observación participante*. Nos inmiscuimos en los detalles, en observar sus silencios, en prestar atención a sus movimientos, la distribución de la casa, qué hacían cuando recordaba algo que generaba enojo, cómo reaccionaban ante hechos cruciales de su vida, y hasta cómo nos trataban. Las palabras en las entrevistas son fundamentales, pero para la escritura de la crónica todo lo que

circunda al mundo del entrevistad^x y a nosotr^s -en ese acto de escucha- resulta indispensable. En palabras de Martín Caparrós (2007) es necesario adoptar una actitud cazadora:

La crónica es una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura. Mirar es central para el cronista -mirar en el sentido fuerte. Mirar y ver se han confundido, ya pocos saben cuál es cuál. Pero entre ver y mirar hay una diferencia radical. Ver, en su primera acepción de la Academia, es 'percibir por los ojos los objetos mediante la acción de la luz'; mirar es 'dirigir la vista a un objeto'. Mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor -y de aprender. (p. 9)

Muchas de las entrevistas nos atravesaban, nos dejaban con un nudo en la garganta o con un sabor amargo. Pero consideramos volcar todo eso en el texto porque, en definitiva, nosotras también éramos protagonistas como narradoras. La sinceridad le dio una riqueza que no teníamos prevista antes de iniciar este proceso. Creo que una entrevista es fructífera cuando regresamos de la misma completamente transformad^s, por la información a la que accedimos y porque vemos las cosas de otra manera. En este sentido, poner el corazón en la crónica parece una herramienta banal, pero enriquece por completo la producción. Hacer periodismo es poner el cuerpo, y disponer el cuerpo y la mente para otr^s es parte de la responsabilidad que asumimos al momento de ejercer esta profesión. La crónica, a diferencia de otros estilos periodísticos que pueden tomarse este tipo de licencias, lo requiere indiscutiblemente. Por esta razón, cuando nos encontramos en el campo de investigación y recolectamos información, nos constituimos como actor^s de un tiempo y asumimos el compromiso de escuchar y comprender desde una mirada crítica, sobre todo por los temas que suele tratar la crónica: la marginalidad, el dolor, la valentía, el heroísmo, la injusticia, la rareza, entre otros. En línea con ello, Caparrós (2007) reflexiona:

Nos convencieron de que la primera persona es un modo de aminorar lo que se escribe, de quitarle autoridad. Y es lo contrario: frente al truco de la prosa informativa -que pretende que no hay nadie contando, que lo que cuenta es "la verdad"-, la primera persona se hace cargo, dice: esto es lo que yo vi, yo supe, yo pensé -y hay muchas otras posibilidades, por supuesto. Digo: si hay una justificación teórica -y hasta moral- para el hecho de usar todos los recursos que la narrativa ofrece, sería esa: que con esos recursos se pone en evidencia que no hay máquina, que siempre hay un sujeto que mira y que cuenta (p. 13).

L^s comunicador^s, como pertenecientes a las ciencias sociales, debemos hacer uso de las técnicas de investigación que nos proveen otras disciplinas. Una vez elegidos estos métodos, es importante ser minuciosos con la información que recolectamos. En nuestra experiencia, padecimos la aridez de información, sobre todo desde el abordaje de derechos humanos que proponíamos. De este modo, acudimos a trabajos de investigación que traten temáticas similares. Hacer un libro con una temática general y cinco subtemas resultaba bastante arduo.

Por eso, nos basamos en las normativas, estadísticas y también en marcos teóricos de cada subtema. Esos fueron nuestros pilares investigativos que venían a sustentar nuestras ideas.

Sin embargo, no había nada más valioso que esas historias verdaderas que estaban guardadas en la memoria de nuestras protagonistas: *el dato empírico*, el que respira, el que llora, el que siente y vive. No era posible encontrar una estadística que diera cuenta de cuántas veces las mujeres lloran escondidas en sus baños por no saber cómo maternar. No obstante, nos metimos de lleno en cada tema, recolectando información de los motores de búsqueda, de las redes sociales, universidades, referentes feministas, centros de investigación, asociaciones, leyes y proyectos de ley, docentes y especialistas. Aunque siempre busquemos una perspectiva novedosa sobre el tema, siempre hay otrxs pensando algo similar a lo que proponemos. Será nuestra tarea volcar todo eso en un texto e invitar a otrxs a cuestionarse sus ideas previas. De esta manera, unx se convierte momentáneamente en un especialista de ese tema.

Una vez que tenemos este material, hay que evitar caer en el error de perder información por falta de orden. Al leer una crónica, a veces se siente que quien escribió leyó unas cuantas cosas, hizo entrevistas, rescató algunas sensaciones del momento, llegó a su casa y se lanzó a escribir lo que tenía en sus manos. No hay nada más lejano que eso. El orden fue un gran aliado para no perder el juicio mientras hacíamos un proyecto enorme que, en definitiva, nos daría el tan ansiado título universitario. Por esta razón, establecimos algunos criterios que nos permitieron el orden. Las plataformas digitales actuales nos propiciaron herramientas para organizarnos. Nosotras nos amigamos con Google Drive, donde distribuimos toda la información que teníamos sobre los subtemas en carpetas y teníamos otra carpeta con las entrevistas desgrabadas de principio a fin. Por último, otra con el documento donde comenzaría la escritura de cada crónica. Gracias a esto, no sentíamos un caos en nuestra mente.

La organización personal también es trascendental. Creo que este es un punto crítico para lxs tífistas. Nadie nos obliga a continuar nuestro TIF, tal vez nuestro director o directora, pero a veces eso tampoco sucede. Por ello, muchxs lo dejan abandonado o avanzan a pasos tortuosos y el final de la carrera se convierte en una agonía. Es importante disfrutar del proceso, más allá de las múltiples complicaciones que tendremos en el camino. En mi caso, contar con una compañera que estaba completamente involucrada me ayudó mucho a continuar sin perderme en el camino. Nos apuntalamos una a la otra. Es una de las virtudes de las tesis o TIF grupales. En este sentido, es recomendable tener horarios de trabajo establecidos. Una hora, dos o cuatro, las que tengamos disponibles al día, pero que podamos destinar a la escritura de nuestro trabajo. Al principio nos veremos hasta casi forzados, luego se convertirá en un hábito. Siempre nuestro tema estará dando vueltas en nuestra cabeza, y hasta incluso las ideas más creativas van a surgir en momentos inesperados. No se imaginan la cantidad de veces que se nos ocurría alguna frase interesante preparando un mate, viajando en colectivo o simplemente en la ducha. Pero eso no siempre sucede, por lo tanto, en ese tiempo que le destinemos a nuestro TIF estaremos avanzando, a veces lento, pero siempre avanzando. En nuestro caso trabajábamos de lunes a viernes de 9 a 12 horas. Durante esas tres horas escribíamos, pensábamos ideas, nos cuestionábamos cosas, leíamos material, pero

siempre fueron fructíferas, porque nada más intervenía en nuestro trabajo.

La estructura de la crónica

Siempre me imaginé a la crónica como un gran *collage*. Donde al principio tenemos hojas, revistas, fotos y textos, que vamos cortando y pegando hasta que nos queda un bonito cuadro dotado de múltiples sentidos. Pero antes del proceso, solemos esbozar una idea en un papel o colocar los elementos sobre la hoja para ver cómo será. Con la crónica sucede lo mismo. Por lo tanto, es indispensable pensar una estructura de la crónica antes de escribirla. Aunque este género nos permite jugar con múltiples formas, para no agobiarse y no perder de foco nuestros objetivos, me parece importante pensar con cuál de todas de esas formas posibles jugaremos. Creo que es importante identificar los puntos clave que queremos tocar, la información que sí o sí queremos dar, lxs personajes principales y la perspectiva con la que abordaremos la crónica. Luego de eso, es momento de armar el *collage*. Las formas pueden ser infinitas: crónicas cronológicas, de atrás hacia adelante, circulares, con idas y vuelta en el tiempo. Más allá de la forma que le queramos dar, es crucial analizar cuál es el impacto que queremos generar a nuestrxs lectorxs al inicio y hasta cómo será el cierre de la crónica. Personalmente, prefiero los inicios con escenas descriptivas que generen inmersión en ese nuevo mundo que presentamos. De todos modos, creo que las estructuras también están para romperse. Y eso muchas veces sucede en el proceso de escritura, porque no sabemos con qué ideas nos levantaremos mañana, no sabemos qué frase nos partirá la cabeza y no queremos perderla por nada del mundo. Ahí es cuando debemos reformular nuestra estructura, que no quedará completamente fija hasta el cierre de la crónica.

Una vez que tenemos todo el material a nuestra disposición, llega la tan temida hoja en blanco. Me parece que la hoja en blanco no comienza a llenarse al sentarse frente a la computadora, sino antes, durante la entrevista, cuando escuchamos a lxs protagonistas y nos cuentan un hecho clave de su vida, cuando volvemos cargadxs de información, o cuando nos imaginamos una escena en particular. Ahí comienzan las imágenes en nuestra mente. Romper la hoja en blanco es transmitir esas imágenes que recreamos en nuestra cabeza, compartirlas. Por eso, la única forma de superar esta barrera es escribir. Lo que sea, una idea un poco vaga, algunas frases, la descripción tosca de una escena. Luego, lo que “está mal” se arreglará. Poco a poco irá teniendo sentido. Creo que lxs artistas comienzan sus obras de la misma forma, ¿por qué no lo haremos lxs cronistas?

La escritura colaborativa

Escribir en grupo no creo que sea para cualquiera, ni siquiera algo a lo que muchxs se animen. Es por ello que quiero dejar unas líneas dedicadas a aquellas personas que estén llevando un

proceso de TIF en grupo y, sobre todo, para aquellxs que escribirán una crónica de forma colaborativa. En primer lugar, teniendo en cuenta que nadie nos obliga a hacer nuestro TIF con otrxs, la elección de nuestrx compañerx debe ser consciente y sincera. Idealmente, debería ser una persona con quién compartamos una misma meta, con quién trabajemos de una forma similar, quien esté comprometidx de igual manera que nosotrxs y, sobre todo, alguien en quien confiemos. En este sentido, la organización del trabajo la definirá cada unx en grupo. Sin embargo, es importante señalar que es indispensable que todxs participen de los procesos que integran el TIF. En nuestro caso, durante el proceso de recolección de materiales e investigación y entrevistas, el trabajo se distribuyó por temas. Luego, lo poníamos en común y hacíamos una selección de lo más relevante.

En el proceso de entrevistas, asistíamos juntas y elaborábamos el listado de temas de forma colectiva. Después, para desgrabar nos dividimos la mitad de la entrevista cada una para no volver ese proceso más tedioso de lo que ya es.

Por último, el proceso de escritura. Respecto a este punto, considero que debemos hacer un pacto con nuestrx compañerx, en el cual haya roles simétricos, se compartan las ideas propias y -obviamente- se establezcan consensos. Siendo un trabajo tan complejo, me parece que dejar de lado nuestra subjetividad, nuestras propias ideas y razonamientos es desmotivador y perdemos la oportunidad de vivir una experiencia muy enriquecedora para nuestro desarrollo profesional. Se trata de encontrar un equilibrio donde muchas veces algo cedemos.

La crónica que escriba cada unx de lxs integrantes jamás será igual, como tampoco aquella escrita de forma colaborativa. En nuestro caso, desde la estructura hasta los títulos de cada uno de los textos fueron elecciones conjuntas. Cada una de las palabras del libro fue elegida por ambas. En relación con eso, la estructura fue fundamental, ya que sabíamos por dónde empezar y dónde concluir. Fueron surgiendo las frases, las palabras, que definían perfectamente -en nuestro criterio- cada escena, pieza de información o diálogo.

Probablemente, utilizando otro método de escritura colaborativa llegaríamos a distinto puerto, del que tal vez no hubiéramos estado muy a gusto. En línea con nuestro TIF, consideramos que el acto de escribir colectivamente -con nuestra prosa y las voces de otrxs- es un acto profundamente político.

Conclusión

A lo largo de todo este trabajo, tendremos cientos de tropiezos. Suelen ser trabajos muy extensos, a los cuales hay que dedicarles mucho tiempo de nuestra vida. Por tal motivo, debemos establecer pequeñas metas y valorarlas al momento de cumplirlas. Cuando finalicemos, probablemente no seamos totalmente conscientes de todo lo que trabajamos. Por ello, cada paso y cada logro deberían ser estimados para que nos sirva de motivación para continuar.

En nuestra crónica avanzaremos y retrocederemos decenas de veces. Desde el texto inicial al final habrá una gran diferencia. En el medio, múltiples versiones. Los textos necesitan de sus tiempos y sus descansos. Nosotrxs como cronistas también y -en parte- somos nuestros textos. En el proceso de escritura y reescritura es importante rescatar varias cuestiones. La primera sería conservar las versiones anteriores. Con mi compañera teníamos un reservorio con párrafos, datos o frases descartadas que llamábamos el “depósito”, porque allí dejábamos todo el material ya producido que -tal vez- nos podría servir. No hay dudas de que siempre hay algo útil, para reconfigurar sentidos, para unir escenas o para reelaborar nuevas ideas.

Otra de las cuestiones a tener en cuenta es el tiempo de reposo del texto. Sucede, cuando nos sentimos estancadx y no podemos encontrarle la vuelta al texto. Es allí cuando debemos dejarlo unos días, solicitarle a otrx una mirada ajena y volver con una energía diferente. Muchas veces, por más que insistamos, no es el momento. El tiempo nos provee otra perspectiva. Se trata de dejar enfriar algo que no podemos torcer porque si no se terminaría rompiendo. En este proceso, es importante acudir a otros textos que nos brinden ideas renovadoras. A nosotras nos sucedió que tuvimos que abandonar la escritura por quince días. Sentíamos que ya no podíamos hacer nada más para mejorar esas crónicas. Obviamente, es un momento que nos llenó de frustración. En este tiempo, nuestra directora de TIF nos recomendó tomarnos unas pequeñas vacaciones del trabajo y que aprovechemos ese descanso para leer otras crónicas con temáticas completamente distintas a la nuestra. De allí tomamos ideas de cómo utilizar la voz del narrador, cómo hilar todas las crónicas y también nos aportó recursos estilísticos. Gracias a este trabajo, retomamos nuestra actividad con una impronta mejorada y -al final- pudimos sortear aquellos obstáculos y concluir con crónicas que representaban fielmente nuestras intenciones iniciales.

Por último, me gustaría concluir que los TIF no deberían quedar impresos en unos cuantos papeles, guardados en la biblioteca de nuestras casas o de la facultad juntando polvo. Sería una pena. Debemos abordar este proceso complejo y extenso con el propósito de que nuestros trabajos traspasen las paredes institucionales. ¿Cuántas veces en las universidades realizamos proyectos verdaderamente disruptivos y alternativos que se agotan en las cuatro paredes de un aula y en lxs pocxs que tuvieron la posibilidad de escucharlos? Entiendo que perseguimos el objetivo de recibimos, pero si realizamos un trabajo pensando en transformar o mover algo en lxs otrxs, probablemente el resultado sea completamente diferente. Nuestro trabajo puede ser publicado, expuesto en ponencias, charlas, talleres, congresos de comunicación o leído por otrxs colegas que tomen nuestro trabajo para generar nuevos debates. Creo que el proceso de divulgación es parte de nuestra tarea como tifistas y futuros comunicadorxs que buscamos trazar puentes con otrxs y -colectivamente- construir sentidos transformadores.

Referencias

- Caparrós, M. (2007). Prólogo. En Tomas, M., *La Argentina Crónica* (pp. 9-15). Planeta.
- Costa, C. y Gómez, A. (2022). *Incómodas. Crónicas de maternidades disruptivas*. Gali Arte.

- Falbo, G. (ed.) (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. Ediciones Al Margen.
- Reguillo, R. (2007). Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie. En Falbo, G. (Ed), *Tras las huellas de una escritura en tránsito* (pp. 41-50). Ediciones Al Margen.